

Inquietud en el Paraíso

viento abierto / 2

Óscar Esquivias

Inquietud
en el Paraíso

EDICIONES DEL VIENTO



© Óscar Esquivias 2005
© Ediciones del Viento 2005

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9 (oficinas) 3º - 6
15006 La Coruña
Tel: 981 244 468
e-mail: info@edicionesdelviento.com
www.edicionesdelviento.com

Diseño: David Carballal estudio gráfico, s.l.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-934060-7-4
Depósito legal: xxxxxxxx
Impresión: Gráficas Lasa, s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

Para Care Santos
Para Rafael Eguílaz

*La gloria di Colui che tutto move
per l'universo penetra, e risplende
in una parte più e meno altrove.*

PARADISO, Canto I

Índice

1. Dante en el Salón Rojo	11
2. En la comandancia de la División	45
3. En la Casa del Pueblo	81
4. La sublevación	219
5. Camino del Purgatorio	263
Adenda	363
Bibliografía	367

I. Dante en el Salón Rojo

—¿Perdón?

Salió de su ensueño de repente. Tenía frente a él nada menos que al doctor José María Albiñana, con su mantón de Manila cruzándole el pecho, los botines relucientes, un tequila en la mano y expresión burlona. Le había preguntado algo y el muchacho no sabía qué. Su imaginación le había llevado más allá del Salón Rojo del Teatro Principal en el que se encontraba, de aquel racimo de personalidades que ahora felicitaban al penitenciario de la catedral, don Cosme Herrera. Seguía prendido de las palabras finales de su charla sobre la *Divina comedia* que, hasta aquel punto, no había sido más que una glosa un poco alambicada y más bien pedante del argumento. Pero el colofón, pese a su estilo campanudo —muy propio de los sermones del canónigo—, le impresionó: «Sostengo, caballeros —había dicho don Cosme, poniendo en su voz un tono vibrante, casi de arenga—, que el *Infierno* dantesco es literatura, gran literatura, seguramente la mayor que se ha escrito en lengua vulgar. Mantengo que su *Paraíso* es teología, de la más iluminadora, con atisbos que parecen más de libro revelado que fruto de la industria de una mente humana. Pero he de defender también, aquí, ante ustedes, que el gozne de la magna obra, el *Purgatorio*, no pertenece a ningún

género literario o científico, sino que es crónica, relato exacto de la realidad. Afirmo, señores, que lo que narra Dante allí es fidelísimo traslado de lo que vio con sus propios ojos, que eso y no otra cosa es lo que existe y nos espera cuando nuestras ánimas se apresten a entrar en el Reino de los Cielos. Dante estuvo en el Purgatorio, sí, en pura carne mortal, y nos lo contó con apariencia literaria, que era lo que exigían la discreción con las cosas divinas y su genio para con las letras. Pero proclamo que ese viaje a la región oscura se puede (es más, se debe) repetir. Estimados señores, distinguidas señoras y señoritas: estoy en condiciones de guiar la expedición que lleve a cabo tal empresa, me pongo a su disposición y espero su patrocinio. No dudo que la sociedad burgalesa sabrá corresponder a esta iniciativa con la generosidad y grandeza de miras con que tiene acostumbrada a la Historia la Cabeza de Castilla. Muchas gracias, señores. He dicho».

—¡¡¡Bravooo!!! —gritó don Perfecto Ruiz Dorronsor, poniéndose en pie de un salto. Su entusiasmo sin duda significaba un donativo de una buena cantidad de duros, ya que era uno de los industriales más importantes de la plaza y media España se calzaba con las alpagatas que se confeccionaban en su fábrica. Casi al tiempo hubo un estruendo unánime de aplausos del resto del público, más «¡bravos!», la concurrencia en pie, gran sentimiento. En seguida los ordenanzas retiraron las sillas para despejar el salón y una hilera de camareros repartió bebidas entre los grupos. El muchacho, en un rincón de aquella sala enorme de aires palaciegos, estaba completamente aturdido por las palabras del padre Herrera. Hasta que de repente, un buen rato después, le sacó de su pasmo el doctor Albiñana con su voz ceceante:

—Te he preguntado que quién eres, muchacho. No te había visto nunca por aquí.

«¿Quién soy? ¿No me delata mi mirada? *¡Yo soy aquél que, cuando Amor me inspira, escribo cuanto me dice y así lo canto!* *¡Quien quiera conocer a Amor, puede mirar el temblor de mis ojos!*

»Pues ése soy yo».

Bueno, esto es lo que el joven pensó y no lo que dijo.

—Soy Rodrigo Gorostiza, señor, del seminario de San Jerónimo. Albiñana pareció sorprenderse.

—¿Gorostiza? ¿De los Gorostiza de Castrojeriz? ¿No serás el hijo de don Pedro?

¿Don Pedro? ¿Castrojeriz? ¡Por favor, caballero! Fue el dios Apolo, bajo apariencia de pastor, quien fecundó a mi madre entre los laureles del Peloponeso.

—Sí, señor.

—¡Santo Cielo! ¡Cómo has crecido! ¿Qué edad tienes ya?

Los ojuelos alegres del doctor Albiñana y el tono zumbón de su voz al invocar los Cielos le hicieron temer, por un momento, que era capaz de leer sus fantasías y que se estaba divirtiendo a su costa, así que ahora respondió al instante, algo azorado:

—Dieciséis años.

—¿Y estás en el seminario mayor?

—He acabado el primer curso.

—Bien, bien —dijo un paso atrás y le miró como si estuviera ante una de las estatuas chinas del Salón Rojo—. ¿Sabes? Te das un aire a tu tío Bernabé. Sí, tienes su mentón y los mismos hombros y el cráneo así, así... —empezó a abrir y cerrar en el aire su manaza izquierda, como si arrancara mechones de lana del aire—, así, un cráneo etrusco, como él, signo inequívoco de inteligencia soñadora y de gran valor ante la adversidad, ¿me equivoco? Bueno, no hace falta que contestes nada, es lo que tiene la ciencia, que sólo trabaja con verdades universales. Y dime, muchacho, ¿cómo está tu tío? ¿Sigue en Roma?

No le dio tiempo a pronunciar palabra, porque Albiñana de repente tensó la espalda, su pecho dio un brinco, alzó el dedo apuntando a los frescos del techo y declaró con voz solemne, tratándole ahora de usted:

—Tendría que estar prohibido que las grandes inteligencias, como la de su reverendo tío, abandonaran el país, ni siquiera para servir al Santo Padre. Por razones morfológicas propias

de nuestra raza que serían largas de explicar, el español tiene menos materia gris que (pongamos) un alemán. Sí, poseemos ciertas dotes para las Bellas Artes, acuérdesese de Velázquez, pero en general muy escasas luces para el pensamiento racional elevado o abstracto, vulgo filosófico, ni siquiera en su versión degradada y entretenida que damos en llamar literatura. Las letras españolas son pésimas, amigo mío, tanto que, al acabar una novela, en vez de la palabra “Fin” el editor debería poner “Perdón”, y no le digo nada de nuestra poesía, que no tiene ningún aliento, se mire por donde se mire. Por ello y por patriotismo, los carabineros habrían de impedir que cruzara la frontera nadie que en su expediente escolar haya destacado en la aritmética, el dibujo lineal o la gramática, y así lo voy a proponer en las Cortes. Necesitamos desde hace años un *Plan de preservación de la materia gris nacional*, esto sí es necesario y no la reforma agraria o el Estatuto de Cataluña. En fin, dale recuerdos a tu reverendo tío cuando le escribas y dile que voy a hacer todo lo posible por repatriarle la sesera por el bien de España, la religión y las costumbres. Oh, y discúlpame, me reclaman en aquel grupo.

Albiñana movía la cabeza como un periscopio, sin fijarse apenas en su interlocutor. Había localizado un corro formado por varios concejales y diputados que le hicieron señas para que se acercara. Le dio la mano a Rodrigo muy ufano, después le cedió su vaso vacío de tequila, se chupó los dedos para atusarse el bigotito y luego se limpió con cuatro manotazos (como si tuviera migas) el mantón de colores que le caía sobre el pecho.

—¡Hasta *lueguis*, Gorostiza! Ha sido un placer inmarcesible conocerle.

Y se fue, dejándole con su vaso en las manos. No había ningún lugar donde pudiera posarlo y los camareros parecían haber desaparecido, así que se resignó a sujetarlo. Haber hablado con el doctor había aumentado su aturdimiento. Su padre le admiraba y se había afiliado a su partido, el Nacionalista Español.

Mantenían correspondencia y recortaba de *La Legión* los discursos que pronunciaba en las Cortes, en Madrid.

—¡Qué labia, qué verbo, qué razones! Albiñana es un patriota, la primera inteligencia de España.

Lo del escalafón de la inteligencia patria era un asunto realmente importante. En su casa todavía se indignaban cuando recordaban cómo don Gregorio Marañón, *el tocólogo de la República*, había utilizado sus influencias con el nuevo régimen para conceder la cátedra de Endocrinología de la Universidad Central al candidato que se enfrentaba a Albiñana.

—Ignoro qué pueda ser la Endocrinología, pero es una vergüenza que tal cátedra la haya ganado alguien apadrinado por un extraviado sexual como Marañón. He leído sus libros y sólo he sacado una conclusión: ese hombre está enfermo. Enfermo de aquí, del tiesto, yo no sé cómo tiene licencia para pasar consulta —se oía la voz del padre de Rodrigo, siempre parapetado detrás del periódico, como si esa muralla de papel le pudiera defender de todos los males del mundo.

Por su parte, el tío Bernabé llevaba unos años en Roma gastando su alabada materia gris en la Cancelleria dei Brevi Apostolici. Su labor consistía en corregir el estilo de los textos que publicaba la Santa Sede y solía venir a pasar los veranos en la casa familiar de los Gorostiza en Castrojeriz. No soportaba a Albiñana, pese al aprecio que el doctor mostraba por él. En realidad, el tío de Rodrigo juzgaba con desdén a todo el mundo, desde Pío XI (cuyo latín, decía, era *hórrido*, y ése era el menor de sus reproches) hacia abajo. Sin embargo nadie parecía sacarle tanto de sus casillas como el doctor Albiñana, a quien conoció en la época en la que éste fue desterrado a las Hurdes por la República y don Bernabé Gorostiza era archivero del obispado de Coria. Pese a ser también un acérrimo monárquico, siempre que se refería al doctor decía como preámbulo: *el insoportable bufón de Albiñana*, y esto si lo hacía antes de comer; después, con un jarrillo de vino encima, era más contundente:

—¿Albiñana, un patriota? ¿Ese histrionazo sin cerebro, ni ver-güenza, ni decencia? Él solito consigue desacreditar cualquier forma de patriotismo. Con monárquicos como él lo extraño es que don Alfonso XIII se mantuviera tanto tiempo en el trono.

El padre de Rodrigo se indignaba:

—¡El doctor es la primera inteligencia de España!

—¡Es la primera inteligencia rupestre de España! ¡Los bisontes de Altamira le aventajan en luces! —replicaba su tío, golpeando la mesa. Y concluía—: El único político brillante de nuestro país es el señor Calvo Sotelo. Pero mientras tengamos este podrido sistema liberal, dudo mucho que llegue a conseguir los votos necesarios para llegar al gobierno. El pueblo le tiene miedo a la inteligencia y prefiere entregar el poder a los que son como él: a los mediocres, los descreídos, los resentidos y los vagos, los cuatro sinónimos que ha dado el castellano a la palabra “republicano”. Claro que, a lo peor, intentamos seguir el ejemplo de Italia y encomendamos el mando al fascista de turno. Si nuestro Mussolini va a ser Albiñana, casi prefiero que sigan los Casares Quiroga, Azañas y demás caterva. ¡Antes una España bolchevique que una España golfa y ridícula!

El padre de Rodrigo hacía como que no oía toda la perorata y le daba la razón en lo único en lo que podía coincidir:

—Sí, ojalá Calvo Sotelo llegue a ser nuestro Mussolini. Tiene una presencia más aseada que el italiano y, si se me permite, mucho mejor estilo. Yo no me imagino a Calvo Sotelo con los uniformes o los sombreritos que gasta el *Duce*, que uno nunca sabe si va a un carnaval o vuelve del cabaré con el tocado de una de las tiples.

—Don José Calvo Sotelo es una luminaria y será nuestro *Duce*. Si nada se tuerce, lo será.

Encontrar al Mussolini español era un asunto que ocupaba muchas horas de tertulia en los círculos burgueses. Los más conservadores consideraban el fascismo una doctrina demasiado “moderna”, quizá algo mejor orientada que el socialismo,

pero no menos peligrosa. Muchos otros estaban convencidos de que, tarde o temprano, sería inevitable entregar las riendas del Estado a un hombre de hierro que acabara con las luchas partidistas. Se habían barajado muchos candidatos (Gil Robles, Albiñana, José Antonio Primo de Rivera), pero desde que Calvo Sotelo se había declarado fascista en un discurso en las Cortes ya no parecía haber dudas: él era el mejor y sólo quedaba esperar que se hiciera pronto con el poder. En el sentir de muchos, tal cosa sólo sería posible con un pronunciamiento militar que disolviera las Cortes.

—No diga tonterías. El Ejército es leal y está sometido plenamente a la voluntad de la autoridad civil, como no puede ser de otra manera. El presidente Azaña se aplicó a ello cuando fue ministro de la Guerra. Ahora todos los generales en activo, corríjanme si me equivoco, son republicanos, desde Cabanellas, que es el mayor, hasta Franco, el más joven. Y los militares desafectos al régimen, que alguno habrá, se acuerdan muy bien de lo que pasó con el general Sanjurjo cuando se sublevó hace cuatro años: nadie en el Ejército le siguió, el rechazo del pueblo fue unánime y su aventura acabó en un fracaso estrepitoso. Así que es mejor no calentarse la cabeza con fabulaciones de pronunciamientos y golpes de Estado que no van a ocurrir y dedicarnos a cosas más importantes. Por ejemplo, ¿se han fijado ustedes en el vestidito que nos trae hoy Conchita Plaza?

Así decía don Perfecto Ruiz Dorronsoro, cuya voz se imponía en un corro que Rodrigo tenía cerca. Ah, claro. En las tertulias el nombre de Conchita Plaza se pronunciaba aún más veces (y con mayor admiración) que el de Calvo Sotelo o el de cualquiera. Sólo una reina sabría caminar entre la gente con tanta gracia y distinción como Conchita, la hija del acaudalado señor Plaza, cuando atravesaba el Salón Rojo con su escote, su espléndido busto, su sonrisa, sus ojos brillantes y su alegría. Paseaba su belleza con ese aire soberano de la carroza del Corpus, con olor a flores y entre la adoración unánime del pueblo fiel.

—Hola, curita —le dijo a Rodrigo cuando llegó a su lado, como si le conociera de toda la vida. El seminarista se azoró y bajó la vista; cuando volvió a alzarla la muchacha ya estaba lejos, hablando con unos lechuguinos de mirada lúbrica que ante su presencia parecían poseídos por repentinos ataques de verborrea e hilaridad.

—Si se nombrara a Conchita presidenta del Consejo de Ministros se acabarían los problemas de España, se lo digo yo —aseguró Dorronsoro en su grupo. Los hombres cabecearon unánimes, un poco vacunos, con la misma expresión en el rostro que los ancianos del Areópago en el juicio de Friné. Todos miraban hacia el rincón donde la venus les daba la espalda, un poco melancólicos.

No eran los únicos en admirarla. Por el salón se oía un cuchicheo masculino que agotaba todas las formas del elogio. Cerca de Rodrigo, un pollo decía con voz soñadora:

—Yo una vez *casi* bailé con Conchita Plaza.

—Oh, ¿y qué se siente? —le preguntaban sus amigos.

—Un nudo aquí —se colocó la mano sobre el estómago—. No sabéis lo bien que huele, es como si llevara la piel llena de talco, y los sudores que te entran cuando te mira a los ojos y te sonrío, ¡ay! Esto fue en el Casino.

—¿Y qué pasó?

—Era la fiesta de Carnaval y me confundió con Alechu Rodríguez de Valcárcel. Los dos íbamos de mosqueteros, él con más plumas y más bigotes, claro. Pero ella se equivocó y cuando ya nos dirigíamos a la pista, apareció Alechu y me la arrebató.

—Ohhh.

—Pero, antes de irse, Conchita me dio un beso en la mejilla. Aquí.

—Ahhh —se admiraron.

En la cabeza de Rodrigo resonaban las palabras que don Cosme había proclamado hacía unos minutos: ¡una expedición al

Purgatorio! ¡Así que eso era lo que tenía entre manos el canónigo! Ahora entendía su comportamiento misterioso de los últimos días, su aire de conspirador cuando repasaba los libros de Dante, la ansiedad con la que había entrado en su habitación del seminario aquella tarde, cuando, tras unos golpes, abrió sin esperar a que le diera paso y casi se abalanzó sobre él:

—Gorostiza, me ha dicho el padre bibliotecario que usted ha retirado el único ejemplar de la *Vida nueva* que poseemos, ¿qué es lo que se propone?

El penitenciario le clavaba el dedo índice en las costillas con tal fuerza que tuvo que retroceder hasta que se vio acorralado en un rincón.

—¿Qué es lo que se propone hacer con tal libro, Gorostiza?

Su voz era muy severa y tenía los ojos desorbitados, multiplicados por los aumentos de sus lentes. Rodrigo tuvo la sensación de estar ante una mosca gigante que se hubiera embutido en una sotana raída y que estuviera calculando por dónde clavarle la trompa para succionarle.

—¿Qué es lo que se propone, Gorostiza? Responda, vamos, responda, responda —le instó.

—Pues... leerlo, padre.

Don Cosme dio una palmada en el aire y sonrió.

—Ajá, ¿y eso por qué?

—Pues... Me gustan las historias de amor, padre.

Y se ruborizó al oírse. Bueno, la palabra se queda corta para describir lo que Rodrigo sintió: primero se puso rojo el tuétano de sus huesos, luego el esqueleto y después cada una de sus vísceras, cada centímetro de piel, todo poro se convirtió en un volcán en erupción, cada pelo se encendió como el filamento de una bombilla. Podía sentir cómo su rostro se había convertido en una vidriera al mediodía. Don Cosme no pareció darse cuenta de que el joven estaba a punto de entrar en combustión y sus siguientes palabras sirvieron para atizar la vergüenza de Gorostiza.

—Eso está bien. Un seminarista tiene que ser, antes que nada, un espíritu enamorado. ¿Sabe su tutor de estudios que está leyendo a Dante?

Negó y se le amontonaron las excusas en la cabeza. Pero no le dio tiempo a disculpar su ignorancia de que la *Vida nueva* fuera un libro prohibido o a alegar que el padre bibliotecario no había puesto ningún impedimento al prestárselo; y no expuso nada de esto porque don Cosme, sin darle tiempo a responder, afirmó:

—El último alumno que consultó ese ejemplar lo hizo en 1878, ¿qué le parece? He consultado los registros de la biblioteca. Teniendo en cuenta que la que poseemos es una edición de 1876, no podemos afirmar que sea el libro más leído en este seminario, ¿verdad? ¿eh? ¿verdad?

—Desde luego que no, padre —se apresuró a responder.

—Y, ya ve usted qué casualidad, hemos coincidido en nuestros intereses. Venía a ver si me lo puede ceder durante unos cuantos días. Le ruego que me haga ese favor porque necesito cotejar unas citas para una conferencia que voy a dictar sobre Dante en el Teatro Principal.

—Eh... ¡Oh!, sí, sí, claro, por supuesto.

Sintió un infinito alivio.

Así que era esa la razón de su interés. Así que no venía a castigarle por haber cogido inadvertidamente un libro *malsano*.

—¡Ahora mismo se lo entrego, padre Herrera! Permiso.

Don Cosme se apartó para dejarle salir del lugar donde le tenía arrinconado. Corrió a la mesilla, tropezó con la pata de la cama, derribó un taburete y casi volcó el tintero, todo por darle el volumen de la *Vida nueva* cuanto antes. El canónigo lo tomó sin dejar de mirarle. Parecía que sonreía, aunque sus labios formaban una línea quebrada que daba a su cara una expresión terrible que podía interpretarse de cualquier manera. Se chupó las muelas (era un gesto muy suyo), con lo que sus mejillas se hundieron del todo, antes de decir:

—El primero desde 1878, ¿se da usted cuenta? Admirable, realmente admirable.

Y salió, tras inclinar levemente la cabeza, dando un portazo.

Todo eso pasó hacía varios días. El segundo episodio había ocurrido aquella misma tarde. Rodrigo acudió a la catedral porque estaba citado con el organista, el padre Belzunegui, a quien iba a sustituir durante sus vacaciones de la segunda quincena de julio y primera de agosto (el día 15, la Asunción de Nuestra Señora, era cuando Belzunegui volvía a tocar en la misa solemne). Hasta esa misma fecha casi todos los canónigos veraneaban fuera de Burgos y por eso no había rezos en el coro ni apenas misas cantadas: sólo se celebraba con solemnidad la fiesta de Santiago Apóstol en el altar mayor, la de Santa Ana en su capilla y las pontificales de los domingos, que era cuando Gorostiza tenía que tocar en solitario, porque también los cantores e instrumentistas de la capilla de música estaban de vacaciones. Aunque el muchacho conocía todos los órganos de la basílica, el padre Belzunegui se los enseñó de nuevo, uno a uno, como un domador de leones le presentaría las fieras a su sustituto, con una mezcla de cariño y de respeto infinitos, especialmente cuando subieron a las alturas del coro y visitaron los grandes órganos de la nave central.

—Ten cuidado con el *tutti*, Rodrigo. Tiemblan las vidrieras y si te excedes se pueden quebrar. Yo el primer día derribé el Sagrado Corazón del rosetón central.

—¿No sería el viento, padre?

—No señor, los cristales cayeron hacia la calle. Lo achacaron a un defecto del emplomado, pero yo sé que fue la fuerza de la música. ¡Un órgano es un cañón, Rodrigo! Nosotros somos los artilleros del sonido, así que sé prudente. Otra cosa de la que no debes olvidarte es de apagar los velones cuando acabes. ¡Esto es importantísimo!

Aunque hacía unos años habían instalado luces eléctricas en todo el templo, el atril y los teclados del viejo órgano se seguían iluminando con hachones.

—Padre, he ensayado muchas veces aquí —le recordó.

—Ya lo sé, pero... no es lo mismo, Rodrigo. Ensayar es una cosa y tocar, otra. Uno a veces se siente inflamado y pasa lo que pasa. Piensa que vas a tener al señor arzobispo en el altar y no te conviene que le lluevan los vidrios encima. Yo estaba muerto de miedo el primer domingo que subí aquí, creía que no iba a ser capaz de llegar al final de la misa. Eran los años del cardenal Benlloch y a él le gustaban las ceremonias largas, llenas de pompa, ya sabes. El doctor De Castro, por suerte para ti, tiene costumbres más austeras. Bueno, te dejo ensayar. No le tengas miedo al órgano, ¿eh?; es un instrumento noble si lo tratas derechamente.

—Sí, padre.

—Y a ustedes —Belzunegui se dirigió a los sacristanes que servían como entonadores— les recuerdo que el muchacho tiene autorización del señor arzobispo para ensayar una hora todas las tardes. Que no me llegue ninguna queja de que no colaboran, ¿eh?

Los dos viejos, que tenían aspecto de verdugos o de aves carroñeras, asintieron con la cabeza sin decir palabra. Belzunegui se despidió moviendo los dedos de la mano, como si fuera una señorita, y descendió por la escalera del coro para perderse entre las oscuridades del templo.

Rodrigo empezó a tocar de inmediato. Sentía una emoción muy intensa cada vez que le permitían ensayar en aquel órgano. Estaba en el corazón de la catedral, colgado a media altura entre sus bóvedas y el suelo. Entendía las advertencias del padre Belzunegui porque era fácil enardecerse con la potencia de la música y la belleza de aquel lugar. Los sacristanes no parecían compartir tal encandilamiento, porque tiraban apáticos de la correa para inflar los fuelles y no dejaban de susurrar entre ellos. De repente, abandonaron su labor y se fueron hacia la escalera del coro:

—¿Qué ocurre?

—*Y'a pasao* la hora. Hay que *chapar* las capillas.

Como de costumbre, el tiempo se le había escapado en un suspiro.

En aquel momento se oyeron las palmadas que otros sacristanes daban al aire para indicar a los fieles que se cerraba el templo. El Papamoscas dio las ocho de la tarde. Cuando Rodrigo bajó del coro y se dirigía a la sacristía para recoger su abrigo, oyó gritar su nombre:

—¡Gorostizaaa! ¡Gorostizaaa! ¡Venga acááá, Gorostizaaa!

Era la voz del padre Herrera, que surgía entre las sombras de la capilla de San Juan de Sahagún como si fuera la de un fantasma:

—Aguarde un momento, por favor —le pidió don Cosme—. Tengo algo para usted. Siéntese ahí, vamos, pase, pase, no lo dude. Ahí, ¿a qué espera?

Señaló una banca desde la garita de su confesionario. Rodrigo penetró en la capilla y se sentó, un poco azorado por la contundencia con la que don Cosme le había dado esas órdenes y, sobre todo, porque para ello había tenido que interrumpir la confesión de una mujer envelada que aguardaba de rodillas a que Rodrigo acabara de sentarse para continuar con la relación de sus pecados. El padre Herrera no parecía dispuesto a ello y recitó a una velocidad inusitada:

—*Deus, Pater misericordiarum, qui per mortem et resurrectionem Filii Sui mundum Sibi reconciliavit et Spiritum Sanctum effudit in remissionem peccatorum, per ministerium Ecclesiae indulgentiam tibi tribuat et pacem. Et ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.* Buenas tardes, doña Clarita, váyase y no peque más.

—¡No he terminado! Aún falta lo más gordo.

—Da igual, señora. Es Cristo quien la absuelve y él ya está informado de todo. Cumpla la penitencia.

—¡Si no me ha puesto ninguna! ¿Está seguro de que mi alma ha quedado limpia? Mire que estoy angustiada, que lo que yo he hecho está muy feo, que me he comportado como una cualquiera.

—Le repito que sus pecados están perdonados.

—Ya, ya. Pero no me quedo tranquila. Quizá..., si usted, como otras veces, me hiciera un certificado... ¡Me da tanta seguridad verlo por escrito!

—¡Un certificado!

—Sí, no se haga de rogar, padre Herrera.

Tanto porfió la mujer que finalmente el canónigo se dio a partido.

—Dios mío, no sé cómo accedo a estas cosas, doña Clarita. En fin, tome, aquí lo tiene, bien firmado. Lleva el sello de la facultad de Teología, pero el valor del documento es el mismo que si luciera el de la catedral, ¿eh?

Le extendió una especie de diploma en el que se podía leer: *Certificado de perdón de los pecados*.

—Oh, muchas gracias. Estoy tan abochornada, no lo volveré a hacer más...

—Nuestra naturaleza es pecadora, señora. Lo importante no es el pecado, sino el arrepentimiento. Como penitencia me va a leer...

—Le recuerdo, padre, que en la ocasión anterior me mandó *Madame Bovary* y que me colocó en una situación difícil ante mi marido, porque ha de saber que ese libro está en el *Índice*.

—Sé perfectamente qué penitencias le impongo, yo soy su confesor. Si usted no reincidiera en los mismos pecados, no insistiría yo tampoco en las lecturas.

—Ya, pero usted no tiene clemencia: *La Regenta*, por ejemplo, ya me la he leído dos veces seguidas. Y de *Ana Karenina* podría recitarle párrafos enteros.

—Y como no se enmiende, no será la última vez que lea esos libros, que son verdaderos espejos de su vida extraviada. Así que, para esta ocasión, le impongo que medite sobre la *Orestiada* y el capítulo veinte del *Levítico* y, además, va a rezar cuatro padrenuestros. Aquí tiene, se lo he escrito en el anverso del certificado. Ah, espere, se me olvidaba lo más impor-

tante: haga gárgaras con una solución de hipoclorito de cal, alcohol de treinta y seis grados, esencia de clavo y agua destilada después de cada comida.

Don Cosme, según hablaba, lo iba garrapateando con su pluma.

—¿Eso último también es penitencia? —se extrañó doña Clarita.

—Es para el aliento, señora. Buenas tardes, su alma está como nueva, y ahora me va a permitir que me ocupe de cosas más importantes.

—Muchas gracias, padre.

—Hale, hale, adiós.

La mujer se levantó del reclinatorio y, tras sacudirse las rodillas, se acercó al frente del confesionario, por el que ya se disponía a salir don Cosme, y le besó la estola, el cordón y después la mano.

—Por favor, doña Clarita, le tengo dicho que estas efusiones están mal vistas por la Iglesia.

—Como sigan ustedes así, se van a quedar sin fieles.

—Dios no nos concederá esa gracia —respondió, resignado, mientras la acompañaba hasta la verja de salida. Después de despedirse de ella, se dirigió a Rodrigo, que se había entretenido observando la arquitectura de aquella capilla oscura y lúgubre, entarimada con listones bastos que olían a humedad y que parecían más propios del club de esgrima o de un salón de baile pobretón. Sin embargo, aquel era el lugar donde el penitenciario absolvía los pecados más gruesos que se cometían en la diócesis.

—Gorostiza, acérquese, por favor. El padre Belzunegui me informó de que usted iba a estar por aquí, así que he traído varias cosas que pueden ser de su interés. Aquí tiene esta invitación para la conferencia que voy a dar dentro de hora y media en el Teatro Principal así como la dispensa para que pueda llegar tarde al seminario, pues es posible que el acto se alargue.

Rodrigo recibió ambos sobres estupefacto.

—Ahora acompáñeme —prosiguió don Cosme—. Le enseñaré algo que quizá le ayude a entender lo que voy a revelar en el Salón de Recreo. Usted ha leído a Dante y merece esta confianza.

Dio dos palmadas al aire.

—¡Sacristán! Puede cerrar la capilla.

Apareció un viejo cargado de llaves. Don Cosme recogió un libro del interior del confesionario y pasó un brazo por el hombro de Rodrigo.

—Lo más tedioso de la labor del sacerdote son las confesiones, ya se dará cuenta. En contra de lo que se piensa, la gente no tiene ninguna imaginación para pecar.

A aquella hora no había más luz en toda la catedral que la de las candelas diminutas que temblaban delante de cada altar y la de las luminarias que velaban junto al sagrario de los retablos. Los sacristanes iban cerrando ruidosamente las verjas y agitaban los grandes llaveros para que los turistas salieran del templo y los fantasmas volvieran a sus tumbas. Don Cosme, todavía con la estola por encima de los hombros, le condujo por el crucero con una agilidad rara en él y se plantó delante de una sepultura, justo en el arranque de la girola.

—¿Qué me dice? ¿Qué le parece?

Abrió los brazos, como si fuera un mago que, por conjuro, hubiera hecho aparecer en el muro el sepulcro que le estaba señalando.

—¿Eh? A ver qué sale de esa cabecita, a ver, a ver —le instó, impaciente, con los ojos desorbitados.

Rodrigo no sabía qué decir y fingió estudiar con atención aquellas formas góticas. Destacaba la figura yacente de un clérigo cobijada bajo un arco carpanel, entre una profusa decoración con trifolios calados, blasones, imágenes, escenas del Evangelio, monstruos, falsas gárgolas y mil esculturas más que desbordaban el arcosolio para ocupar gran parte de la pared hasta casi el arranque de las bóvedas del deambulatorio.

—¿Es que no sabe usted quién está enterrado aquí? —inquirió el padre Herrera ante la falta de respuesta de Gorostiza.

Se encogió de hombros. La catedral estaba llena de sepulcros como aquel con canónigos, obispos y nobles tan ilustres como olvidados.

—Lea, haga el favor —ordenó con su habitual tono impaciente, señalando una lauda de letras versales que, adosada a unas columnitas junto al sepulcro, decía:

EN · ESTE · ARCO · ESTÁ · SEPVLTA
 DO · DON · PERO · FERNÁN
 DEZ · DE · VILLEGAS, · ARCE
 DIANO · Y · CANÓNIGO
 DESTA · SANCTA · YGLE
 SIA, · QVE · MVRIÓ · A · SEIS
 DE · DICIEMBRE · DE · MILL
 Y · QVINIENTOS · Y · TREIN
 TA · Y · SEIS, · DE · EDAD · DE
 OCHENTA · Y · CVATRO
 AÑOS · DOTÓ · SEIS · MI
 SAS · CANTADAS · Y · O
 TRAS · MEMORIAS · QVE · LOS
 SEÑORES · DEL · CABILDO
 LE · DICEN · EN · CADA · VN · AÑO.

No le sirvió de gran cosa: desconocía quién podría ser el tal Fernández de Villegas.

—Haga la cuenta, este otoño hará cuatrocientos años de la muerte del arcediano, pero nadie se acordará de él, téngalo por seguro. Hace mucho que *los señores del Cabildo* han dejado de dedicarle sus misas cantadas, ¿le parece justo?

Rodrigo tuvo un escalofrío que el canónigo debió de interpretar como un “no”, porque continuó diciendo:

—A mí tampoco. Quizá los padres capitulares han conside-

rado que su alma ya ha tenido tiempo suficiente de llegar al Cielo y que es inútil rezar más por él, ¿no cree? En fin, el caso es que aquí tiene a uno de los hombres más ilustres que ha dado Castilla, completamente olvidado. (Don Cosme sacó un pañuelo de su sotana y ahogó un estornudo. Mantuvo un rato el moquero apretado contra su boca y luego se lo volvió a guardar en el bolsillo). Pero dígame —continuó, con voz ahora más ronca—, ¿ve algo que le llame la atención en el sepulcro de este prócer, Gorostiza?

Había empleado el mismo tono profesoral que utilizaba en los exámenes de latín: «*At patiens operum parvoque adsueta iuventus aut rastris terram domat auto quatit oppida bello*, ¿qué opina de esta construcción gramatical?».

Recorrió de nuevo con la mirada toda la imaginería del sepulcro. Don Cosme le observaba con ansia. Había dejado su boca entreabierta y, mientras llegaba la respuesta, se había puesto a tamborilear con los dedos en la tapa de la *Vida nueva*. Rodrigo, por más que se esforzaba, no veía nada extraño en aquel mausoleo: figuras de santos, una Anunciación, festones, un relieve con la Purificación de la Virgen, santos, Dios Padre en lo más alto, ángeles, tenantes, el difunto con casulla sobre sus ropas talaras y bonete... ¿Qué había allí que pudiera llamarle la atención? Desde luego, nada que se saliera de la iconografía típica en la época, al menos por lo que Rodrigo conocía de las explicaciones del padre Ibáñez en sus clases de Historia del Arte.

—¿Qué ve? ¿Qué ve, Gorostiza? ¿Es posible que no se dé cuenta?

No sabía cómo complacer las expectativas del padre Herrera. El temblor de los dedos del canónigo sobre la tapa de la *Vida nueva* se había convertido casi en el redoble de tambor cuando van a salir los leones del circo. Entonces, quizá por una descabellada asociación de ideas, exclamó:

—¡El libro!

La estatua del arcediano Villegas tenía un volumen entre las manos, cerrado sobre el pecho. No había nada extraño en tal objeto, salvo, quizá, su gran grosor, pero supo que había acertado por la expresión de sorpresa y felicidad que le dedicó don Cosme:

—El libro, muy bien. El libro. Ahí está la clave. ¿Y cuál es?

—¿Perdón?

—¿Cuál es el título del libro que sujeta el arcediano Villegas sobre sí?

Era imposible saberlo. No tenía ningún símbolo ni inscripción en su portada.

—¿Un devocionario?

Don Cosme afiló su mirada y le volvió a clavar su dedo índice en las costillas.

—Su hipótesis es muy piadosa, pero demuestra un absoluto desconocimiento del personaje, Gorostiza. No me decepcione.

El tono del penitenciario era soberbio y sarcástico a la vez. Rodrigo estuvo a punto de contestar que quizá el arcediano se había llevado a la tumba el *Viaje al centro de la Tierra*. Pero se contuvo.

—¿No lo sabe?

Negó con la cabeza. El padre Herrera le apretó con el dedo un par de veces, como si pulsara en su pecho la tecla atorada de una máquina de escribir. Cuando se convenció de que no iba a contestar nada, apartó su mano.

—Creía que usted era distinto a los demás, pero veo que me he equivocado.

Rodrigo se tuvo que tragar el reproche. Varios sacristanes se habían acercado y esperaban para terminar de cerrar la catedral, sin atreverse a interrumpir al penitenciario. Don Cosme se volvió y alzó la voz, dirigiéndose a ellos, que instintivamente se pusieron firmes, como si un general les revistara:

—Don Pedro Fernández de Villegas se cuidó de que las trazas del sepulcro se ajustaran con toda exactitud a sus deseos. Treinta años antes de su muerte ya estaba labrado, así que durante casi

un tercio de su vida el buen canónigo tuvo ante sus ojos, todos los días, el pudridero donde iba a acabar su cuerpo cuando muriera, ¿no es admirable? ¿No les da qué pensar? Ustedes sólo ven unas formas escultóricas, más o menos artísticas y creen que saben interpretarlas, ¡ja! ¡ilusos! ¡jumentos! ¡tizacandiles! (los sacristanes intercambiaban miradas incrédulas: era evidente que don Cosme se dirigía a otros que no eran los presentes). Para ustedes esto es arte, ¡ja!, ¡arte!, y no se dan cuenta de lo que hay realmente: una puerta. Una puerta hacia la muerte. Ustedes ven una fachada animada por el garbo del escultor, pero ahí detrás está el reino de las sombras, y esta es —se lo repetiré una vez más— su puerta. Su puerta metafórica, claro. Aquí nada está puesto por azar o por decoración. Todo tiene sentido, cada imagen, cada símbolo. Todo. Y ese libro, más que ninguna otra cosa. Pero nadie lo ha visto, nadie lo ha querido reconocer. Y está ahí, ahí, ante nuestras narices. (Tuvo un ahogo y volvió a sacar precipitadamente su pañuelo, sobre el que escupió). El arcediano Villegas, grábeselo en su cabezota, Go-ros-ti-za (le arreó varios capones, uno por sílaba: parecía que con las flemas había vuelto a acordarse de su existencia), el arcediano Villegas fue el primero en publicar una traducción de la *Divina comedia* al castellano. El primero. Los que la intentaron traducir antes no tuvieron arrestos para llevarla a la imprenta, porque sabían que sus torpes renglones no estaban a la altura de la magna obra dantesca. Pero Villegas sí, Villegas lo hizo. Sólo conservamos la parte literaria: el *Infierno*. El *Purgatorio* y el *Paraíso* han desaparecido, nadie sabe dónde están ni qué pasó con ellos. Pero nos queda, como testimonio de que ese gran volumen existió, esta representación en piedra que tiene sobre su pecho. Piense por qué quiso enterrarse con él. Vamos, piénselo. ¿Qué piensa, eh? Diga algo.

Rodrigo era incapaz de reaccionar ante el acoso del padre Herrera, quien se impacientó del todo:

—¡Por el amor de Dios! ¿Le parece que esta estatua es la de una persona que está muerta? ¿Le parece que reza? No, es un hombre

que ha detenido su lectura y marca la página con el dedo. Está señalando el *Purgatorio*. Él sabía cómo llegar allí y nos lo ha estado diciendo durante cuatro siglos. Esto es más que un simple sepulcro, ¿me entiende? Es algo más. Ya he hablado demasiado. Tome.

Le soltó la *Vida nueva* y dio la espalda a todos perdiéndose en las sombras de la girola.

En la conferencia del Salón Rojo don Cosme no había citado al arcediano Villegas, pero este personaje —aún más que Dante— parecía ser el inspirador de todos los delirios que acababa de desgranar ante lo más selecto de la sociedad burgalesa.

Qué locura.

Qué disparate.

—Qué disparate; aunque ya verá cómo mañana el señor arzobispo acaba con semejante patochada.

Esta afirmación no había salido de la boca de Rodrigo, pero una voz acababa de repetir su pensamiento. En un grupo cercano había una mujer de rictus severo que conversaba con el director del periódico *El castellano*. Las otras personas, para Rodrigo desconocidas, asentían a sus palabras en silencio, con gravedad funeral. La mujer parecía María Rosa Urraca Pastor, la dirigente del Partido Carlista buscada por la policía (al parecer se había evadido junto al guardia de asalto que la conducía detenida por no se sabía qué asunto político a la Dirección General de Seguridad, en Madrid). Había visto su imagen en el escaparate del fotógrafo Montes, que enmarcaba las fotos de las personalidades a las que retrataba y colocaba debajo unos rótulos que decían “El Olimpo español” o “El Parnaso burgalés”, según se tratara de una gloria nacional o local. Urraca Pastor (si es que era ella) resultaba al natural mucho más abultada, fea y bajita de lo que uno se imaginaba viendo la fotografía de Montes, pero también tenía un aspecto más joven, inteligente y arrojado. Su cabello rubio estaba peinado con tal severidad que parecía postizo y sus ojos vivaces daban la impresión de

permanente alerta, lo que —pensó Rodrigo— cuadraba en una fugitiva. Se situó más cerca para escuchar lo que le decía al director de *El castellano*.

—Mire, Estévanez, sólo nos faltaba eso, un canónigo mochales que arree coces al maltrecho edificio de la Iglesia, ¿pero qué expedición querrá dirigir ese rinoceronte? Aguarde a que el doctor De Castro se entere de todo esto, aguarde.

La malhumorada Urraca Pastor tenía razón. Aunque el plan no fuera viajar al Purgatorio sino hacer una romería a la ermita de un pueblo cercano, don Cosme Herrera no parecía la persona más adecuada para organizar tal cosa: grueso y muy envejecido, se movía con mucha dificultad y siempre entre grandes resoplidos y ahogos, como si sus pulmones no insuflaran el suficiente aire a su organismo y tuviera que atraparlo boqueando entre toses y flemas. Era fácil verle en el tránsito del seminario completamente exhausto, agachado, con una mano en el corazón y la otra en una rodilla; en las procesiones capitulares renqueaba y marchaba siempre unos pasos por detrás del lugar que le correspondía. Pero no sólo sus menguadas fuerzas físicas auguraban un fracaso: también era famosa la animadversión que se dispensaban el arzobispo (el doctor Manuel de Castro) y él. Las sonoras discusiones teológicas entre ambos no eran más que una manifestación de su aborrecimiento mutuo. Urraca Pastor tenía razón al presumir que al severo arzobispo de Burgos le iba a parecer de locos el que alguien pretendiera pasearse por el Más Allá. Sobre todo si ese alguien era don Cosme Herrera.

—No quiero ni pensar lo que pasará si esto llega a oídos de la mala prensa. Imagínense los titulares del *Heraldo de Madrid*. Cualquier plumilla anticlerical habría vendido su alma al diablo por estar hoy aquí —intervino Francisco Estévanez, con voz dramática y mucho movimiento de manos; después susurró, como si le dominara el miedo—. Por cierto, ¿qué redactor ha mandado *Diario de Burgos*?

—El peor: Julio Martínez Palacios —respondió María Rosa Urraca, apuntando con la nariz hacia un extremo—. Ahí le tiene, tomando nota de los delirios del cura chiflado.

El director de *El castellano* aumentó tanto su expresión de espanto que parecía una de esas máscaras que se ponen en los teatros para simbolizar la tragedia.

—Me temo que no ha reparado en que también está presente la señorita María Cruz Ebro. Fíjese en el butacón —añadió el señor Estévanez.

Una mujer gruesa con impertinentes y cierto aire de lechuza curiosona estaba casi oculta tras el atildado periodista que copió lo que le iba diciendo don Cosme. Éste tenía una expresión exultante. Todos los que se encontraban a su alrededor sonreían, especialmente María Cruz Ebro, como si el relato que contaba el canónigo fuera divertidísimo.

La señorita Urraca Pastor agitó la cabeza con gesto de desagrado.

—Creo que me estoy poniendo enferma, no aguanto más. Vámonos de aquí.

Antes de retirarse, el director de *El castellano* se dirigió al redactor de su periódico, que era uno de los pisaverdes que estaban en compañía de Conchita Plaza, a la que narraba un chiste embrolladísimo que ni tenía gracia ni tampoco parecía llegar nunca a su fin. Al ver al director de su periódico, se calló de inmediato (momento que aprovechó Conchita Plaza para huir), tensó la espalda y ahuecó el pecho mientras su jefe le ordenaba con voz áspera:

—Señor Gil Formoso: cuando termine de redactar su artículo, déjelo sobre mi mesa. No quiero ninguna alusión a la propuesta del padre Herrera, ni siquiera para denostarla. Hable sólo de las sutilezas teológicas del libro de Dante, ¿me ha entendido?

—Lo que usted mande, señor Estévanez.

—Y no se entretenga, que mañana a primera hora vienen los de la censura y quiero sacarlo en la edición de la tarde.

—No se preocupe, don Francisco.

En el resto del Salón Rojo parecía dominar la euforia. El penitenciario estaba ahora en otro grupo y se habían quedado solos el periodista del *Diario de Burgos*, Julio Martínez Palacios, y María Cruz Ebro, que peroraba con mucha autoridad:

—Don Cosme ha estado muy convincente y lo que usted quiera, pero yo no creo en el Purgatorio, me parece pura palabrería. Hay más ejemplos de disparates dentro de la doctrina cristiana: sin ir más lejos, también estoy en contra de la resurrección de la carne, me parece la idea menos estimulante del mundo y no sé cómo la mantienen en el credo.

—¿Ah, sí? —se asombró el periodista.

—Por supuesto. Tal cosa significa que en el otro mundo van a pervivir las injusticias de éste, en especial la vergonzosa tiranía de la belleza y la juventud. No estoy dispuesta a soportar a Conchita Plaza resurrecta durante toda la eternidad, ella bien lozana y yo con estas carnes de vaca, salvo que alguien me asegure que voy a levantarme del hoyo con el cuerpo de una venus de Botticelli. Me consuela más la metempsicosis y tener la convicción de que las dos vamos a ser perras o gorrinas en nuestra próxima encarnación.

—Por favor, ¡qué exagerada, señorita Ebro! Usted no piensa eso.

—¡Ya lo creo que sí!

—Permítanme que tercié en su conversación —dijo de repente un anciano muy ceremonioso que estaba junto a ellos—. No he podido evitar escuchar sus teorías. Soy Agustín Garrús, aquí tienen mi tarjeta.

Les extendió un cartoncito de letras doradas:

AGUSTÍN GARRÚS GARRÚS

*Catedrático emérito de volapük en la Univ. de Princeton.
Presidente de la Sociedad Filantrópica Maruja Fitzwilliams.*

Dirección en España:
Pza. de Alonso Martínez – Hotel Norte y Londres (Burgos)

—Yo tampoco creo en la resurrección de la carne, mi querida señora, y opino como usted que es un desatino. Estoy convencido de que lo que opera realmente es una forma de metempsicosis —don Agustín enfatizó la esdrújula— que yo denomino “desencarnación”. Me explico: la Historia, tal y como la concibo, es una marcha atrás, una madeja que se va desenredando, ¿entienden? No caminamos hacia delante, sino que retrocedemos. Cuando morimos, renacemos en los abuelos de nuestros abuelos y, así, sin que nos percatemos de ello, vamos descendiendo los peldaños que nos quedan hasta el barro primigenio. El futuro es en realidad el pasado, lo que juzgamos ruinas son el germen de las nuevas arquitecturas que vendrán, las crónicas históricas no son más que libros proféticos, pero nos falta perspectiva vital para darnos cuenta de estas cosas. Nosotros vamos descontando vidas y nos desencarnamos hasta agotar el tiempo que nos ha concedido el Supremo Hacedor, que no es otro que la edad del mundo. Yo tengo una curiosidad bárbara por saber qué pasará cuando lleguemos al primer estrangulamiento del flujo vital, que sucederá con ocasión del diluvio llamado “de Noé”.

—¡Qué interesante! Me tiene que contar su teoría con detalle, ¿sería tan amable de venir una tarde a tomar chocolate a mi casa, señor Garrús? Me encantaría presentarle a mis amigas.

—Soy su esclavo, mi querida señora —y don Agustín hizo una reverencia tan profunda que derribó de un culazo a un camarero que en aquel momento pasaba por detrás de él. El estrépito de cristales fue recibido con alegría y aplausos por los invitados que estaban en los alrededores, como si fuera un número cómico.

—*Señorita Ebro*, señor Garrús, *señorita*. No se confunda —le corrigió doña María Cruz.

—Oh, es usted una vestal —exclamó con admiración el señor Garrús—. Discúlpeme, *señorita Ebro*.

—No tiene importancia, señor Garrús.

La conversación continuó con finezas versallescas, sin que prestaran ninguna atención al camarero que se había estrellado a sus espaldas. Don Cosme Herrera, por su parte, hablaba ahora con el director del Instituto, el señor Armiño, y con el catedrático de Historia y ex alcalde, don Eloy García de Quevedo. A aquel grupo se unieron el doctor Albiñana y los otros que estaban con él, entre grandes abrazos y voces. Varios camareros aparecieron por las puertas laterales y pronto el salón se llenó de un olor dulce a champán, mezclado con el del tabaco de las pipas y los cigarros que algunos caballeros estaban fumando. El ruido de las conversaciones se elevó aún más cuando el pianista comenzó a tocar la *Habanera* de Chabrier, como si esa fuera la señal para que empezara una especie de fiesta mundana y la gente pudiera reír a carcajadas y alzar del todo la voz. Rodrigo Gorostiza se sentía un poco desamparado en aquel lugar tan elegante, con el vaso del doctor Albiñana en la mano y sin saber dónde dejarlo. Los camareros pasaban junto a él sin detenerse, como si consideraran inconveniente su presencia, quizá por su sotana de seminarista o por ser, con mucho, el más joven de aquella reunión. Nunca había estado en un sitio así, entre personas tan importantes. Aquello tenía que ser el *mundo* en esa acepción que tanto usaba el arzobispo De Castro para referirse a todo lo que estaba más allá de las verjas del seminario. El *mundo*. El ambiente parecía lleno de burbujas de champán y eso bastó para que Rodrigo se sintiera un poco embriagado. Comenzó a dar vueltas entre la gente porque, de quedarse quieto, podía caer redondo encima de alguna de aquellas matronas con aspecto de marquesas. Algún guasón había visto el accidente originado por el señor Garrús y le imitaba: al paso de un camarero hacía una reverencia a una dama y trataba de derribarlo. Cuando lo conseguía, se oían risas y palmas. Los terciopelos, unos mármoles de Apolo y Mercurio, los danzantes de una tarantela encima de una repisa, flanqueando un reloj de bronce, las escayolas: Gorostiza lo miraba todo como si fuera el

marchante que luego hubiera de sacar cada objeto a subasta. El *mundo*, vaya, vaya: no parecía un sitio tan peligroso. Más allá del decorado, no veía en él nada atractivo.

Bueno, sólo una cosa: un óleo que representaba una escena mitológica, llena de dioses jóvenes con sus cuerpos desnudos en mitad de un jardín. Pero Rodrigo se apartó en seguida de su cercaña, un poco azorado.

El padre Herrera, mientras tanto, rodaba de grupo en grupo. Ahora recibía el abrazo del doctor Albiñana:

—Don Cosme, es usted cojonudo. Precisamente les estaba comentando a estos señores —señaló a Perfecto Ruiz Dorronsor y los demás— que estoy componiendo un largo poema en honor de Conchita Plaza. Va a consistir en una tirada de dos mil versos en décimas reales que se va a llamar la *Conchitomaquia*. Estoy seguro de que, una vez concluso, será una cima de la poesía española y que nos vamos a poder mear en las obras completas de Zorrilla, el duque de Rivas y todos esos tíos, porque mi composición va a superarlas en artificio, inspiración y elevación de concepto, va a estar más allá de todo alarde antiguo y toda ponderación moderna. Mérito, claro está, que no es mío, sino de mi musa, esa diosa encarnada en burgalesa, nuestra Conchita Plaza, ornato y loor de la Cabeza de Castilla, hembra prodigiosa que si llega a nacer en el Peloponeso habría sido la causa no de una sino de varias guerras por su favor, los vates ciegos cantarían su belleza y los severos trágicos escribirían obras llenas de héroes con los mondongos al aire batiéndose por sus rizos. Sin embargo, por ser la señorita Plaza española, para oprobio de nuestros poetas, nada hemos hecho, salvo mi pobre intento de *Conchitomaquia* apenas principiado.

—¡Qué bien se explica, doctor! —le aduló, con ironía, un pollo litri. Albiñana se creció:

—Les diré más, las juventudes de mi partido tienen pintada a la Virgen María con sus rasgos, gracias a los pinceles del eximio

y meritísimo artista don Marceliano Santa María, y ése es el retrato que preside nuestro domicilio social. Cuando un nacionalista español piensa en la Virgen, ve a Conchita Plaza. Pero no quería contarle estas cosas, don Cosme, sino decirle que su propuesta me ha llenado de entusiasmo. Quiero que sepa que cuenta con todo mi apoyo.

—Se lo agradezco mucho, doctor; estoy muy honrado de que personas tan principales y, al tiempo, de sensibilidades políticas tan distintas como don Perfecto y usted, muestren sin embargo la misma simpatía hacia mi propuesta.

—¡Simpatía! No sólo eso, me ofrezco personalmente para acompañarle. Sí, don Cosme, lo he decidido, yo voy a bajar al Infierno con usted.

—Al Purgatorio, doctor, no al Infierno. Además, no se baja: se sube. El Purgatorio es una montaña —le corrigió inmediatamente el canónigo.

—Entonces yo voy a subir al Purgatorio, ¿y sabe por qué?: sólo para partirle las muelas al Dante *Gorigori* que, amén de ser un escritor nefasto y cumbre mundial del tedio, como unánimemente reconocen todos los lectores fuera de la península apenina, ofrece además en sus libros un modelo tan torcido de comportamiento masculino que lo decente en su caso, lo noble —si el Dante ese hubiera sabido qué cosa es la grandeza de ánimo— habría sido callarse y no escribir tan larga majadería, que parece levantada para escarnio de la virilidad, la religión y el sentido común. ¿Qué es eso de que la novia de uno tenga que montar tal aparato para salvarle y servirle de ejemplo? Usted dirá lo que quiera, pero yo me imagino a Beatrice como la (giró la cabeza para ver si estaba cerca) como la María Cruz Ebro de la época y Dante me resulta tan airoso como Azaña, o sea, un politiquillo con ínfulas de escritor, un bragazas, un charlatán, un disipado sin gracia y un conspiradorcillo de tres al cuarto, soberbio y nefasto para su patria. Eso es lo que yo pienso del Dante *Alioli*. He dicho.

Por el rostro de don Cosme habían pasado todos los colores del arco iris según escuchaba al doctor Albiñana, sobre todo cuando se dio cuenta de que aquellos disparates no estaban dichos en son de broma. Se limpió el sudor de la calva y después, con la vista clavada en su pañuelo, que doblaba con el mismo cuidado que si fuera un paño litúrgico, susurró:

—Sus opiniones son muy atrevidas, doctor. Yo le ruego que evite todo enfrentamiento con Dante, en el caso improbable de que nos lo encontremos en el Purgatorio.

Se guardó el lienzo en un bolsillo y sólo entonces miró a los ojos a su interlocutor. Añadió con voz un punto más alta:

—Se lo pido como un favor personal, don José María.

El doctor Albiñana abrió los brazos y dio un paso atrás, como si hubiera descubierto una serpiente en el suelo.

—¡Don Cosme! ¡No me pida componendas! Intentaré contenerme, pero no sé si seré capaz, se lo advierto. Ya sabe que yo soy un hombre de carácter y que cuando se me destempla el ánimo, soy una bala, un cañón, el Vesubio.

—Ya, ya.

—Yo digo lo que pienso, sin filtro ninguno. A veces me entero de mis opiniones escuchándome, no le digo más, pues entre el cerebro y la boca no tengo apeaderos ni aduanas. Voy a serle sincero: hace cinco minutos yo mismo no sabía que mi yo propio pensaba que el Dante era un miserable y un lila, y ahora, si apareciera por esa puerta, le rompería la crisma, no sé si me explico. Así soy yo, don Cosme, un seguidor de la estirpe de los Sócrates y los Diógenes y los Cristos, pensadores que hablan y no escriben, y no había reparado en esto mismo hasta ahorita que lo acabo de decir, ¿qué le parece? Aguarde, no me replique, que voy a apuntar estas cosas en mi libreta de genialidades, porque luego se me olvida lo que pienso y no hay cosa más triste que un hombre de ideas contradiciéndose, como le pasa al bestia de Unamuno todo el tiempo. Esto, siendo generosos con él y dando a sus ocurrencias la categoría de ideas, claro.

Y sacó un cuaderno donde apuntó:

Dante es marica. Partirle la cara.

Próximo discurso Parlamento: Yo = Cristo, hablo como pienso y no escribo. Desarrollar esta idea. Mis discursos = parábolas, etcétera.

España = Lázaro putrefacto, hay que gritar: levántate y anda.

—¿Qué me decía, don Cosme? —preguntó Albiñana una vez hubo enfundado la pluma con ringorrangos de espadachín.

—Que es usted verdaderamente admirable, doctor. ¿No quiere un vaso de agua? Tiene que estar agotado de tanto discurrir.

—¿Agua? ¡Eso es para espíritus rebajados! ¡Tequila es lo que yo quiero! Desde que volví de México no bebo otra cosa. ¿Dónde hay un camarero? —y dio varios aplausos en el aire.

Como por conjuro, aparecieron unas botellas del licor y vasos que fueron distribuidos entre los presentes. Albiñana y Ruiz Dorronsoro compartían el entusiasmo del canónigo, pero otros parecían divertirse a costa de los tres.

—Creo que en la expedición debería ir algún representante del ayuntamiento, quizá el propio señor alcalde, si sus ideas republicanas no le impiden pisar sagrado, como ha de ser el suelo del Purgatorio —comentó el joven abogado Gil Formoso, célebre por los poemas satíricos y las incendiarias crónicas que publicaba en *El castellano*, que aún no había abandonado el Salón Rojo pese a las órdenes de su director.

Don Luis García Lozano se había mantenido circunspecto hasta entonces y, aparte de felicitar fríamente al canónigo, no había expresado su opinión sobre su propuesta de viaje. Ahora, medio divertido, medio ofendido, se vio obligado a intervenir en aquella charla que no parecía agradaarle lo más mínimo:

—Usted sabe, señor Gil Formoso, que antes que nada soy católico y luego español y en tercer lugar republicano, y las tres cosas las llevo muy a honra. Así que no sería ningún desdoro, ni como español, ni como republicano (y, desde luego, no como

cristiano), acabar en el Purgatorio. Pero me temo que no puedo abandonar mis responsabilidades en el gobierno municipal. Le cedo a usted el honor de representarme personalmente.

—Creo que debería decidirlo el pleno o la comisión correspondiente... quizá la de festejos —siguió con la zumba el abogado.

—No es necesario. No va a representar a la ciudad, sino a mi persona: aquí mismo le extiendo el poder —y el alcalde hizo ademán de desembarazar su pluma.

—Propongo —dijo otro guasón— que haya una delegación de cada uno de los sectores de la sociedad burgalesa. En una empresa así nadie debe quedar fuera: han de participar los catedráticos del Instituto, los jueces de la Audiencia, representantes de las sociedades deportivas, del Círculo Católico, del Ejército...

—Me parece un exceso, aunque en el Ejército yo ya había pensado —comenzó a revelar don Cosme—, porque al tratarse de un monte abrupto sería conveni...

—¡Señores! —le interrumpió con voz solemne el doctor Albiñana—. Nos olvidamos de lo más importante. Les conmino a que nombren a la señorita María Rosa Urraca Pastor, hoy perseguida por sus ideas católicas y tradicionales, madrina de la expedición. Ella siempre preside en Bilbao la mesa petitoria por las ánimas del Purgatorio, así que no encontrará, padre Herrera, nadie mejor que ella para presentarse en semejante lugar. La señorita Urraca Pastor es nuestra Juana de Arco, una virgen guerrera que quiere salvar a su rey.

Y se puso a cantar con voz tonante:

¡Presto un brando, marciamo pugnando!

¡¡Viva il Re, la vittoria è con me!!

¡¡¡Corre la gioia di core in core...!!!

Cantaba en medio de espasmos, temblores de papada y gestos inconexos de las manos, que se movían en torbellino por los aires. Cuando acabó, casi extenuado, lanzó un beso al aire, bus-

cando entre la multitud el rostro de la ya ausente Urraca Pastor. Nadie aplaudió y se oyeron unas toses.

—Es de *Giorgino* Rossini —explicó jadeante—. Me lo enseñó, hace años, la propia Adelina Patti, que tenía la partitura manuscrita. No sé si han entendido bien la letra, ¿quieren que lo repita?

—No será necesario, doctor Albiñana. Le agradezco mucho la nota de color que ha puesto en esta reunión —dijo don Cosme, fastidiado, haciendo una venia para abandonar el grupo.

—Pues yo creo más conveniente que la madrina sea Conchita Plaza —terció el guasón impidiéndole la retirada.

—Oh, sí, sí. Doblo mi contribución si Conchita Plaza amadrina el viaje —se comprometió don Perfecto Ruiz Dorronsoro entusiasmado.

Qué indignidad, pensaba Gorostiza. Se estaban riendo en las barbas de don Cosme sin que él, quizá por su aturdimiento, se diera cuenta. El penitenciario agradecía todas las ayudas que le ofrecían, aunque fueran disparatadas. Muchos le trataban como a don Quijote antes de cabalgar sobre Clavileño. Aquello era una chirigota continua.

—Si, como su reverencia dice, tal lugar está elevado, tendrán que llevar ropa de abrigo y gruesas mantas.

—En absoluto —negó el padre Herrera—. La meteorología del Purgatorio, en contra de lo que se pueda creer, es muy benigna y saludable. Lo dice Dante.

—Entonces necesitarán el calzón de baño.

Un hombre enclenque y feúcho que estaba en un rincón, ajeno a todos, se acercó velozmente a don Cosme y le espetó con voz de pistolero:

—Yo no creo en nada de todo esto, pero si va Conchita Plaza, por favor, permítame acompañarle.

Era Eduardo Ontañón, el poeta y librero, que, como todo Burgos sabía (incluida su mujer), estaba enamorado de la muchacha y la perseguía sin atreverse a dirigirle la palabra. Una vez

hubo hecho su petición, y sin esperar respuesta, dio un paso atrás y se perdió entre la multitud, como si fuera un asesino que clavara un puñal a traición y luego huyera. Gorostiza le persiguió para saludarle. Ontañón, abriéndose paso a codazos, se acercó al pianista:

—Maestro, ¿se sabe usted *El choclo*? Es un tango que todas las tardes tocaba María Teresa León, la primera mujer que me hizo llorar. Tengo una gran necesidad espiritual de oírlo ahora.

—Pues lo siento mucho, pero el señor arzobispo excomulga a todo aquel que en esta diócesis interprete música de tango, fox-trot, charlestón o jazz en general.

—Oh.

Eduardo Ontañón puso el mismo gesto que si se hubiera convertido en una estatua. El músico le vio tan abatido que tuvo compasión y le preguntó:

—¿Su María Teresa no sabía tocar otra cosa?

Ontañón no respondió y permaneció estático, con gesto desolado. Rodrigo no se atrevió a sacarle de su ensimismamiento y se alejó de allí. Estaba sofocado por el humo y el calor del salón. Abrió la vidriera y salió a uno de los balconillos que daban a la plaza de la República. El puente de San Pablo se veía repleto de desocupados que, apoyados en sus barandillas, buscaban la fresca que subía del río. El día había sido sofocante y la llegada de la noche no había aliviado en casi nada el calor. En el aire quedaba todavía el olor a la pólvora de los cohetes que, como cada noche después del día de San Pedro, se quemaban en honor del patrón de la ciudad. Aquí y allá se oía el ruido de un petardo o canciones de los mozos. Se acodó en la balaustrada, ligeramente mareado, como si estuviera navegando en alta mar. De hecho, parecía asomado a la barandilla de un transatlántico de lujo que cruzara el océano en perpetua fiesta.

De repente se oyó un griterío en el puente. Una camioneta lo atravesaba dando tumbos, a gran velocidad. Cuando llegó a la plaza de la República se detuvo bruscamente: a la luz de los faro-

les Rodrigo pudo ver que llevaba banderas monárquicas y que de la parte trasera bajaban unos muchachos con camisas azul celeste y la cruz de Santiago bordada en el bolsillo del pecho. Eran los legionarios de España, la milicia del doctor Albiñana. La Guardia de Asalto les perseguía y pronto se armó un alboroto. El ruido prolongado de los silbatos rasgó la noche. Gritos y voces. Aparecieron más policías desde la plaza de Prim y la calle de Vitoria. Era difícil saber qué sucedía exactamente:

—¡Padre! ¡Oiga, padre!

Un albiñanista estaba al pie del balcón. Había confundido a Rodrigo con un sacerdote por su sotana. Parecía angustiado:

—¡Tiene que avisar al doctor! ¡Es muy urgente! Dígale que vaya de inmediato a Madrid. Dígale que han secuestrado al señor Calvo Sotelo. ¿Me ha entendido? ¡Han secuestrado al señor Calvo Sotelo! ¿Se lo dirá?

No tuvo tiempo de responderle: un guardia de asalto derribó con un culatazo de su fusil al muchacho y le comenzó a dar patadas en la cabeza y la espalda. Después le encerró con los otros en uno de los coches policiales que iban llegando.

Rodrigo se apartó de la balaustrada y corrió a buscar al doctor Albiñana entre los grupos de la fiesta, que estaba animada y alegre como nunca.